

## VI

Ella y la Zibelli, tenían una criada para las dos, y una habitación que hacía de sala común. A un lado de ésta se encontraba el cuarto de la Pedani, y en el opuesto el de su amiga, muy diferentes, tanto como la indole de las personas. El de la Zibelli estaba puesto con mucho orden, adornado de cuadritos al pastel pintados por ella en otro tiempo, y de una profusión de labores de gancho y de encaje, de flores artificiales de papel y de cuero, de pantallas, de guarniciones, de menudencias, hechas todas por su mano; entre otras cosas, unos estantitos cubiertos con cortinillas bordadas, en los que andaban mezclados los libros de texto con algunas novelas francesas; porque, según la luna, ó bien se encerraba rigidamente en la escuela y en la pedagogía como un claustro intelectual, para olvidarse del mundo y sus tentaciones,

ó se entregaba en cuerpo y alma á las lecturas de fantasía.

En el cuarto de la Pedani, al contrario, había siempre la confusión de una prendería: vestidos por aquí, blusas de gimnasia con rayas negras, colgadas en clavos; en un rincón, un bastón Jäger, dos pares de pesas bajo el lecho, alpargatas al pié del armario, y esparecidos por todos lados números de *La Nueva Liza*, de *El Campo de Marte*, de *La Palestra de Padua*, de *El Ginnasta Belga* y otros periódicos de la misma familia. Al lado de la cabecera de la cama, junto á un calendario de escuelas, deshecho, colgaba de la pared en un marco dorado una inscripción caligráfica, regalada por sus alumnas, de los dos versos de Parini:

¿Qué no conseguirá el alma atrevida  
que en fortísimos miembros tenga vida?

La librería era un monte de volúmenes descosidos colocados sobre una mesa y cubiertos con un periódico, una colección exclusivamente gimnástica de prontuarios, manuales, atlas, de literatura melogimnica, de opúsculos de higiene, de natación, de velocipedismo, publicaciones del Club Alpino; pues su pasión por la gimnasia abrazaba to-

das las disciplinas físicas del género humano. Lo que sin embargo daba un aspecto curiosísimo á su cuarto, era un gran número de retratos, tomados en su mayor parte de periódicos ilustrados, pegados en las paredes, como en una tienda de vendedor de grabados. Además de Bauman, que sobresalía, estaban los gimnastas italianos de más nombradía: el Gallo de Venecia, Pizzarri de Chioggia, Ravano de Génova; sobre éstos, Ravestein, el Nestor de los gimnastas alemanes; Firmino Lampiere, el *hombre locomotora*; una fotografía de Bargossi; un retrato en oleografía de Ida Lewis, condecorada con la medalla de oro en el Congreso de los Estados Unidos por salvamento de náufragos, y otros, á docenas.

Este extraño bazar le servía de dormitorio y de despacho, y hasta de palestra y de escuela, porque allí hacía todos los días sus ejercicios en cuanto se levantaba, y daba sus lecciones particulares. Y era asimismo un segundo saloncillo para ambas, porque, cuando estaban en buena armonía, á cada paso asomaba por allí la Zibelli atraída por lo raro de aquel desorden, á charlar un rato con su amiga.

## VII

Precisamente se encontraban las dos reunidas allí, á las siete de la tarde, después de comer sentadas á una mesita iluminada por una luz de petróleo, hojeando la Pedani ante los ojos de su amiga, que le había echado los brazos al cuello, la *Gimnasia de las anillas* del doctor Orsolato, cuando entró la portera con la carta del administrador.

La Pedani la hizo entrar para repetirle una vez más lo que hacía un mes le venía diciendo, que no torturase más á su niña. Tenía una chiquilla que se iba poniendo jorobada, decía ella, y se había dejado persuadir por un comerciante ortopedista de la vejeidad de que debía ponerle un corsé con placas metálicas, que oprimiéndole mucho al costado, la hacía sufrir y chillar como una endemoniada.

La Pedani quería que su madre tirase por la ventana aquel instrumento, causa proba-

ble de una consunción pulmonar, y que le confiara su hija para someterla á un tratamiento gimnástico. Pero ella se mantenía terne. Y esta vez también le dió la respuesta de siempre:

—¡Ah! otra cosa se necesita, mejor que la gimnasia de usted.

—Os tengo lástima—le contestó la Pedani.

Luego, cuando la portera ya se había ido, miró el sobre de la carta, cuya letra no reconoció.

La Zibelli se levantó para irse, pero la incertidumbre de su paso mostraba tan poca voluntad de marcharse, que la Pedani le dijo que se quedara. Por otra parte, ella no tenía secretos ni con ella ni con nadie.

Abrió el sobre, miró la firma y comenzó á leer sin dar señal alguna de sorpresa. Sólo después de concluir, sonrió moviendo la cabeza, con los ojos fijos en la carta, como si por vez primera aparecieran claros ante su mente los varios signos que debían haberle hecho preveer aquel caso.

La Zibelli, picada de la curiosidad, pero contenida á la vez por el silencio, no osó preguntarle; pero siguió con la vista todos los movimientos. La otra se levantó, dejó in-

advertidamente la carta en el cajoncillo de la mesa de los libros, y acercándose al guardaropa cogió su sombrero.

La Pedani se acordó de que tenía que ir al Club Alpino á oír una conferencia de la condesa Palazzi-Lavaggi sobre las *ascensiones alpinas de las mujeres*.

Una idea cruzó por su mente; pero para evitar toda sospecha, dijo sonriéndose:

—¡Ah, tú haces misterios!

—No es un misterio,—contestó la Pedani con indiferencia:—luego te lo diré.—Y se puso el sombrero.

La Zibelli, jugueteando, la acompañó hasta la puerta, fué á asegurarse de si la muchacha estaba en la cocina, volvió á escape al cuarto de su amiga, cogió la carta del cajoncillo y lo primero que leyó fué la firma: se quedó pálida.

Luego leyó toda la carta, y se apoderó de ella un arrebató tal de rabia, que miraba en derredor con la tentación de romper y pisotearlo todo.

¡También le quitaba á éste!

¡Oh nefasta criatura! En aquel momento la hubiera acribillado á alfilerazos.

Y lo que la enfurecía más, era que aun cuando en la carta no se hacía alusión algu-

na al matrimonio, se comprendía sin embargo por la gravedad casi cómica de todas las frases, que no era una declaración de amor hecha á la ligera, con un fin galante tan sólo: era una carta trabajosa y meditada en la que se traslucía una pasión ya antigua y un propósito serio.

¡Y cómo ella había podido engañarse de tal modo, y había hecho de comodín á los dos!

Echó la carta en el cajón, dió dos ó tres vueltas por el cuarto, parecía que le faltaba aire que respirar; y sintiendo necesidad de un desahogo y de una venganza, atusándose de prisa los cabellos, salió de casa, atravesó la meseta de la escalera y llamó en la puerta del maestro Fassi, componiendo lo mejor que pudo su semblante.



## VIII

Le abrió la señora Fassi con la cara áspera que había preparado para recibir á la Pedani; pero al verla á ella, se serenó y la hizo entrar en una pequeña habitación con las paredes blancas y desnudas en la cual cuatro muchachillos hacían un ruido infernal en torno de una mesa medio dispuesta para comer.

La Zibelli sabía bien que encontraría en la señora Fassi una segura aliada contra la Pedani, cuya familiaridad con su marido le desagradaba mucho más de lo que decía.

Era una mujer como de cuarenta años, con un seno enorme que le estorbaba para mover libremente los brazos y con una gran boca de que pendían los labios, vestida siempre en casa como una vendedora; que tardaba tres cuartos de hora en bajar y subir las escaleras, deteniéndose á hablar con tono lacrimoso con cuantos encontraba, y parti-

UNIVERSIDAD DE TUEVOLEON  
BIBLIOTECA UNIV. TARA  
"ALFONSO DE VES"  
Año. 1895 MONTERREY, MEXICO

cularmente con el secretario que sabía las hazañas de todos por boca suya. Era muy celosa de los robustos treinta y ocho años de su marido, y parecía tener un concepto maravilloso de su tosca belleza de cabo de zapadores y que no consistía en otra cosa más que en la fiereza de su apostura, y en dos poblados bigotes que le llegaban hasta las orejas. Pero, lo temía á la vez, y no se atrevía por esto á cometer abiertamente alguna descortesía con la Pedani.

La Zibelli le dijo que venía á esparcirse un poco, se hizo la alegre, acarició á los niños, fué y vino por la habitación, esperando el momento oportuno. El cual se presentó cuando la señora Fassi le preguntó si estaba sólo en casa.

—Sóla,—respondió.—María salió. No importa... Ahora ya no se cuida de mí. Tiene otros asuntos en qué pensar.

Y viendo que había picado la curiosidad de la Fassi, no pudiendo contenerse más, con tono forzado de broma, sin hablar de la carta, le puso al corriente de los amores del administrador.

Aquella se quedó con la boca abierta: la cosa le parecía increíble.

Luego añadió:

—¿Cómo ha llegado usted á saberlo?

—Lo sé:—contestó la maestra.

—Pero... ¿para casarse con ella?

La maestra le contestó con un gesto como diciendo, no cabe duda.

—Ese secretario está loco,—dijo la Fassi con mal disimulado desprecio.—¿Pero... y ella?

—Ella—replicó la Zibelli—por ahora se hace la indiferente. Pero dirá diez veces *sí*, una detrás de otra.

—¡Bah!—exclamó la señora, después de reflexionar un momento.—El Sr. Celzani lo pensará antes, lo menos un par de veces.

—¡Pero, qué quiere usted que piense *don* Celzani!—replicó la Zibelli segura de echar la semilla en un buen terreno, deslizándose con descuido algunas palabras que la otra recogió y registró allá en lo más profundo de su memoria.—D. Celzani es un inocente; para él una muchacha de treinta años y una de quince es todo uno. No conociendo el mundo, cree que nadie lo conoce. Apuesto á que no sabe siquiera que antes de venir á Turin, María, ha sido maestra en media docena de pueblos.—Y se echó á reír.—Ya se sabe las aventuras de las maestras de los pueblos; de ella además han hablado los mismos perió-

dicos. Hay de por medio la historia nada menos que de una compañía de cazadores... ¡Ah! ¡hay en este mundo tipos muy originales!

Y arrastrada por la rabia iba á decir cosas peores, cuando se oyó un fuerte campanillazo; los muchachos se callaron en el acto, la señora corrió á abrir, y el maestro Fassi entró, muy excitado con la *Gaceta de Turín* en la mano. Volvía entonces de Chieri, donde iba dos veces á la semana á dar lección de gimnasia al Liceo y á la escuela Técnica.

Apenas saludó á la Zibelli se volvió hacia su mujer, enseñándole el periódico estrujado en su mano:

—¿No sabes lo que pasa; un asno de maestro de baile que se viene ahora con un artículo en la *Gaceta de Turín*, ofendido conmigo porque en *La Liza* de la semana pasada he dicho que el baile es una *derivación* de la gimnasia? ¡Sabes que se necesita valor! Si después de todo le he hecho un honor que no merece al arte de las piruetas; ¡ya te lo diré en otro artículo!... vas á ver de qué manera le hago yo tragar ese artículo presuntuoso,—siguió declamando, bosquejando en cierto modo el artículo, mientras iba y venía por la habitación.—Ya es tiempo de

cantárselas claras á estos ignorantes. Ellos no hacen distinción ninguna entre un maestro de gimnasia y un acróbata de un circo. ¡Pero, señores míos, si el maestro de gimnasia es un hombre de ciencia! ¡Tiene que conocer la gimnástica teórica, la anatomía aplicada, la pedagogía, la higiene, la historia de la gimnasia, la construcción de aparatos y de gimnasios y la tecnología; ¡y debe sobre todo ser artista! ¡Pedazos de asnos! no saben que se necesita la vida de un hombre solamente para aprender á tener en la memoria todos los ejercicios?... ¿Que se podrían escribir cien volúmenes solamente sobre la instalación de los aparatos?... ¡Y luego, mirad á lo que tiene que acudir un maestro de gimnasia!

Y sacó de su bolsillo, un cuaderno en el cual un profesor de matemáticas de Chieri había indagado por medio de fórmulas algébricas el número de cambios de posición en el ejercicio del palo.

He aquí su gran manía; hacer la gimnasia cuanto más compleja y difícil posible, mejor, no sólo en el concepto de otros, sino en el propio.

No tenía como la Pedani ideal alguno del bien de la humanidad: adoraba su *ciencia* por

las satisfacciones que le procuraba y lo que de ella esperaba su orgullo. Además de enseñar en Chieri, enseñaba en el Liceo y en la Escuela técnica de Carmagnola, en un gimnasio y en un Liceo de Turín, en los Artesanos y en la Sociedad de gimnasia, y en todos lados trabajaba por inculcar sus ideas.

La primera nación del mundo, había dicho un grande hombre, será aquella en que haya más salud, ó sea, la que haga más gimnasia.

Á esta ciencia, pues, deberían converger todos los esfuerzos de los grandes talentos, de los gobiernos y de la sociedad entera; esta debía colocarse en la cúspide de todas las ciencias, y la clase de maestros de gimnasia llegar á ser la aristocracia de la nación.

Y no cesaba un punto de buscar la celebridad por todos los caminos, nutriendo muchas y muy diversas ambiciones; de las cuales la más principal era la de llegar á inventar un aparato ó darle su propio nombre.

Y volvió á caer sobre el bailarín, echándose él mismo en cara el haber profanado, á propósito del baile, el nombre de *gimnástica*, como lo profanaban las compañías acrobáticas que se apropiaban el adjetivo; y se disparó contra el gobierno que, no obstante las instancias del segundo Congreso de la fede-

ración, se obstinaba en no querer prohibir que los saltimbanquis vituperasen la ciencia.

Á todo se había avenido, adoptando como él había propuesto, la denominación más noble y más lógica de *instrucción física*. Luego preguntó, bruscamente, á lo Bauman:

—¿Qué hay?

Su mujer le soltó la novedad.

—D. Celzani que quiere casarse con la maestra Pedani.

Pero, al decirlo, no vió nada en el semblante del marido, que se pareciera á celos, como esperaba.

En efecto; él no sentía por la Pedani mas que la admiración de un mecánico por una hermosa máquina, y nunca había pensado en ella sino para que sirviera á sus planes ambiciosos.

Le desagradó sin embargo la noticia, previendo que si se casaba, se le escaparía de entre las manos, y se quedaría sin estilo. Más no espresó este sentimiento.

—Señoras—dijo:—Una verdadera maestra de gimnasia no debe casarse; debe conservarse como un soldado, libre de alma y de cuerpo. La maestra Pedani debe consagrarse por entero á su misión. Y su misión no es criar hijos, sino enderezar los de los

31050

demás. No hará semejante majadería. Yo la persuadiré.

Luego de repente, preguntó:

—¿Pero cómo es posible que semejante sacristán haya tenido el atrevimiento de enamorarse de una muchacha tan guapa?

La señora Fassi se aventuró á hacer algunas observaciones sobre la belleza: así le parecía, por ejemplo, que don Celzani tenía aire más *distinguido* que ella. Y luego que la Pedani era una muchacha sin sentimientos, bien se veía. Por lo demás, no tenía finura en sus maneras; era demasiado gruesa; le faltaba gracia; en casa tropezaba con todo; tenía el paso de una elefanta.

El maestro se encogió de hombros.

—Todo esto no importa un bledo—dijo.— La Pedani no está para sus dientes; dejando á un lado que es un borrico y ella una muchacha de talento.

—¡Talento!—exclamó su mujer, volviéndose á la Zibelli.—¡Mi marido le corrije los artículos!

La Zibelli sabía la verdad en esta materia; pero fingió creerlo así, sonriendo, y dijo en tono grave:

—No tiene sintáxis. Escribe á saltos.

—Eso es verdad,—observó el maestro.—

Y por lo que al periodismo se refiere, sería mejor que se contentase con una parte más modesta, y que apareciese menos en público. Hay problemas en el campo de la gimnasia, que una mujer no puede ó no debe afrontar. Pero, después de todo... don Celzani no se casará con ella, ya lo veréis; yo le echaré una mosca en la oreja. Yo sé muy bien, cómo se les hace meter el rabo entre las piernas á estos sacristanes...

Un campanillazo vino á interrumpir su discurso.

Era la Pedani, que volvía del Club Alpino, donde no había habido conferencia; venía en busca de su amiga.

Entró en la habitación y no quiso sentarse. Traía un color de rosa encendido por el airecillo fino de la noche, respiraba con fuerza dilatando las ventanas de la nariz y alzando su ancho pecho; toda su figura destacaba en negro sobre la pared blanca con tal valentía y vigor de contornos, que la señora Fassi hubo de dirigir la palabra á los muchachos para cortar el silencio admirativo que su vista le producía.

—Vengo á buscarte,—dijo á la Zibelli calcando bien en la erre; y el que hubiera oído las palabras sin verla á ella, hubiese

creído que las pronunciaba un marido; no una amiga.

La Zibelli se puso en movimiento, y cambiando algunas palabras con los amos de la casa salieron las dos; la Pedani la última, llenando por un momento con sus hermosos hombros todo el vano de la puerta medio abierta.

—Teniéndolo todo en cuenta — dijo el maestro, mirando todavía á la puerta por donde habían salido, —no se puede decir que don Celzani sea un idiota.

Y su mujer añadió con astuta sonrisa:

—Todavía no se ha casado con ella.



## IX

El secretario pasó todo aquel día y la mañana siguiente sin saber si debía esperar una respuesta por escrito, ó más bien, tener valor y pedirla de palabra. Acabó por tener valor, y á las dos menos cuarto, hora en la que sabía que la maestra solía ir sola á la Palestra, esperó detrás de la puerta de su casa, husmeando por el agujero de la llave cuándo se presentaba en el descansillo.

Quien le hubiese visto en aquella actitud lo hubiera tomado por un asesino acechando su presa: tan agitado estaba y tan afanosa se oía su respiración. Un rumor le estremeció, sacó fuera la cabeza y la retiró en seguida; era sólo el viejo señor Borsetti, metido en su gran capote de pieles y encorvado, que salía tosiendo, á dar su paseo higiénico acostumbrado.

Pero al cabo de unos segundos oyó el paso

de la Pedani. ¡*Gran Dios!* La ocasión se había escapado.

La maestra, habiendo alcanzado en el descanso al viejo, que le hizo un gran saludo, se detuvo y trabó conversación con él.

Cada palabra de su conversación cayó como un peso enorme sobre el corazón del pobre enamorado.

El señor Borsetti lamentábase de una nueva contrariedad: tenía la respiración incompleta.

—¿Por qué—le preguntó la Pedani,—no hace algo de gimnasia pulmonar?

Él se sonrió, y ella insistió.

—Se lo digo á usted seriamente. No hay cosa mejor para dilatar el pecho. Pruebe usted á hacer todos los días en cuanto se levante inspiraciones y espiraciones largas y repetidas... de esta manera.

Y se puso á hacerlas; y al sentir las se le arrebató la sangre á la cabeza al pobre administrador.

—Primero haga usted sólo de diez á veinte—continuó la maestra—y aumente, si puede, todos los días, una docena. Le aseguro que al cabo de dos semanas se sentirá mucho mejor. Es un ejercicio de un efecto seguro. Yo hago todas las mañanas ciento treinta.

Borsetti pareció convencido, y le dió las gracias.

—Haga usted la prueba,—repitió la Pedani,—y ya me lo dirá. Además, que he de prestarle un libro que contiene todos los preceptos. Hasta la vista.

Dicho esto, apretó el paso.

El secretario esperaba adivinar un reflejo al menos del estado de ánimo de ella, en la manera como mirase á la puerta de su casa al pasar por delante; pero, pasó sin mirar. Esto le hizo perder los ánimos.

Sin embargo, todavía tenía tiempo de alcanzarla en el portal, aun cuando no fuera para otra cosa que para interrogarla con los ojos; pero en el momento de lanzarse fuera, oyó que le gritaban en su propia cara:

—¡Oh dulce secretario!..

—¡Santo Dios!

Era el ingeniero Ginoni, que venía como todos los años á suplicar al amo de casa, su antiguo amigo, que bajase aquella noche á la suya para celebrar en familia el fausto suceso del natalicio de sus dos gemelos.

El segundo golpe falló también.

No le quedaba otra cosa que esperar la sentencia por el correo.